

Al día siguiente, un cortesano, queriendo eschárselas de listo, regaló al rey un caballo. Pero Luis XI, que era muy socarrón y amigo de bromas, le dió en cambio los nabos del tío Conón.

Era este monarca malicioso, burlón y amigo de reír. No cuesta trabajo figurárselo en Genappe sentado ante la alta chimenea y ante la mesa cubierta de vajilla de plata, respondiendo á los brindis y presidiendo aquel cenáculo, aquella Academia humorística en que cada comensal tenía que pagar su escote contando un cuento alegre. Por lo demás él mismo daba el ejemplo, pues seis de las *Novelas Nuevas* son suyas.

Tenía con frecuencia á su derecha á su tío y huésped, Felipe el Bueno, duque de Borgoña¹, amigo de los ingleses en tiempo de Enrique V, amigo de los franceses cuando los ingleses estaban debajo, duque más poderoso que el mismo rey y cuyo poder se extendía desde Borgoña y Alsacia hasta más allá del Hainaut y Flandes en los Países Bajos. Político hábil, fué una poderosa inteligencia, protegió las artes y patrocinó en Brujas al pintor Juan van Eyck, inventor de la pintura al óleo, cuyos cuadros hizo reproducir en hermosos tapices de Flandes.

Fué el fundador de la orden del Toisón de Oro, ya porque hubiese querido perpetuar el recuerdo del color de los cabellos de su amiga, ya porque se hubiese propuesto, — pues ambas hipótesis han tenido partidarios, — favorecer con esto el comercio de lanas de Flandes. En tal caso, semejante condecoración hubiera sido una muestra parlante.

No era menos jovial que su sobrino. Un día encontró en Brujas á un borracho dormido, delante del palacio ducal. Hizo que le trasportaran al palacio, y al despertar dispuso que le tributaran durante todo el día honores reales. Después le emborrachó de nuevo é hizo que le volvieran á poner en el sitio donde le habían encontrado. El buen hombre contó que había soñado que era rey. Felipe había realizado de esta suerte el cuento oriental en que se refiere dicho rasgo. El mismo tema debía suministrar, en el siglo XVIII, al P. du Cerceau, el asunto de su comedia *El falso Duque de Borgoña* é igualmente, en el siglo XIX, el asunto de la ópera cómica de Adam, *Si j'étais roi* (*Si yo fuera rey*)².

Á la mesa del delfín Luis, en Genappe, sentábanse además Luis, duque de Luxemburgo y conde de Saint-Pol, á quien Luis XI hizo más tarde condestable para decapitarle después; y además otros señores

1. Los príncipes de a casa de Borgoña ejercieron gran influencia en España. Al hablar de la influencia francesa en nuestra literatura y costumbres, dice Menéndez Pelayo: « Bastaba (para explicarla) el hecho capitalísimo del afrancesamiento de la corte de Alfonso VI, con sus dos yernos borgoñones. » (N. del T.).

2. Véase también la *Vida es Sueño* de nuestro inmortal Calderón; en el célebre pasaje: Yo sueño que estoy aquí De estas prisiones cargado...

(N. del T.)

de menor importancia como el señor de Montauban, y el señor de Crequi y, por último, gente de más baja alcurnia, como el copero Allardin, el clérigo Carón, el criado Pedro David y el sumiller Felipe Pot; frente al rey se sentaba el burgomaestre de Bruselas.

Como ya se ha dicho, cada uno tenía que contar su cuento.

Había además un convidado de que no hecho mención aún. Era éste el secretario de Luis de Luxemburgo. Llamábase Antonio de la Sale, era borgoñón y había sido preceptor de los hijos del buen rey Renato. Compuso para ellos un libro en el que enriqueció la lengua francesa con una palabra nueva, hoy muy trivial y cuyo origen se ha olvidado. Era una Enciclopedia, en la que había de todo: historia, geografía y política. Según costumbre púsole su nombre, Enciclopedia ó Suma de la Sale, *la Salade*, habiendo quedado esta palabra destinada para designar una mezcla de cosas inconexas¹.

Antonio de la Sale fué secretario de la Academia humorística de Genappe. Trascibió *in extenso* las actas de aquellas sesiones narrativas, y esta colección constituye el libro de las *Cien Novelas Nuevas*, que no se publicó hasta después de la muerte de Luis XI, pero que corría manuscrita. La forma, que pertenece á la Sale, encanta por su ingenio, su malicia, su buen humor y su alegría; los cuentos son de color muy subido, según el gusto de entonces; son cuentos de caza y de comidas de hombres solos.

Ni Antonio de la Sale ni los cuentistas cuyas obras ha consignado tienen el mérito de la invención. La mayor parte de estos cuentos figuraban ya en Boccacio, en Poggio, en la tradición popular, en la *Disciplina clerical*, en el *Violier des Histoires romaines* ó *Gesta romanorum* (siglo XIV), en los *fabliaux* del siglo XIII, en el *Dolopathos*, en la *Novela de los Siete Sabios*, etc., que á su vez los habían recibido de la literatura sanscrita, pues figuran en el *Pancha Tantra*, en el *Hitopadesa* ó Manual de educación para el hijo del rey Sudarsana, monarca de Pataliputra.

Las *Cien Novelas Nuevas* son un eslabón de la cadena de cuentos, leyendas y tradiciones que la antigüedad ha transmitido á los tiempos recientes; y así como A. de la Sale tomó sus asuntos de sus predecesores, los que le han sucedido, le han imitado á su vez y más de uno de sus relatos figura en el Heptamerón de Margarita de Angulema, reina de Navarra, y en los cuentos de Ouville ó de La Monnoye.

Las *Cien Novelas Nuevas* no eran por lo tanto tan nuevas como parecía anunciar su título. Es imposible hacer su análisis, pero puede decirse que, si son encantadoras por su forma, son en cambio largas

1. La etimología tiene más de ingeniosa que de exacta, pues, lo mismo en francés que en castellano, se deriva de *sal*. Á lo menos así figura en el *Diccionario etimológico* de Stapperz. (N. del T.).

y monótonas por la persistencia del mismo tema, repetido y manoseado en todos sentidos, y por la perseverancia de las mismas inspiraciones de orden exclusivamente fisiológico.

Estos cuentos resultan áridos por la falta de sentimiento y de delicadeza; jamás se halla en ellos una palabra que conmueva ó enternezca. Es un chorro continuo de sarcásticas burlas, en que se halla retratado todo el siglo xv. Antes, el espíritu burgués y socarrón de los *fabliaux* hallaba un contrapeso en el espíritu heroico y caballeresco de las hermosas canciones de gesta; pero en el siglo xv quedó roto el equilibrio; agotóse la vena heroica y en cambio la otra brotó con verdadero desbordamiento.

Una raza dominada por la ironía y que carece de fe, de convicciones y de entusiasmo es una raza en peligro. Á fines del siglo xv se hallaba comprometido y agotado en Francia el espíritu público: la renovación producida por el Renacimiento vino muy á propósito para infundirle sangre joven y nueva, para agujonear esta especie de somnolencia y reavivar el casi apagado fuego¹.

La literatura de la Edad Media acabó en la sequedad y desoladora esterilidad de la ironía y de la burla, en la muerte de los sentimientos nobles y buenos, en la agonía del corazón. Debemos tener muy presente esta lección, guardarnos del escepticismo y conservar la fé en algo, pues sólo las convicciones, los odios, los ardores y los entusiasmos son garantías de juventud, de vitalidad, de grandeza y de progreso.

1. Mientras la poesía y las letras se mostraban decadentes en Francia, la literatura española presentaba el más brillante florecimiento. Acerca de este fenómeno literario dice Puymaigre, citado por Menéndez Pelayo: « Gracias á la influencia de Italia y también de la antigüedad latina, pudo la poesía española del siglo xiv producir páginas como entonces no se escribían en Francia, muy alejada todavía de los modelos italianos y latinos: sólo un siglo después las mismas relaciones produjeron entre nosotros efectos análogos, pero menos brillantes. » (N. del T.).

CAPÍTULO IV

LOS POETAS LÍRICOS

(SIGLOS XII-XV)

Trovadores y Troveros. — Los géneros. — Las canciones de amor. — Justas poéticas. — El sentimiento de la naturaleza. — G. Machaut. — Froissart. — E. Deschamps. — Cristina de Pisán. — Alano Chartier. — Carlos de Orleáns. — F. Villón.

Mientras cantaban los troveros, hacían oír los trovadores del medio día los melodiosos acentos de sus deleitosas estrofas, que sabían distribuir en géneros distinguidos con gran arte: la Canción, el Serventesio de rudos acentos, el Canto fúnebre, la Balada, el Rondel ó Letrilla, la Alborada¹, la Serenata, la Pastorela, la Sixtina, compuesta de sextetos, la Tenzón², diálogo imitado de las églogas de Virgilio, « Cuando la *tenzón*, dice Lintilhac, tiene más de dos interlocutores se llama torneo. Nos parece una obra maestra característica del género la de Savari de Mauléon, reproducida por Raynouard. El asunto es picante como cierta escena del *Misántropo*. La señora Guillermina de Bénagues, vizcondesa de Gavarel, ha contentado á tres suspirantes, favoreciéndolos simultáneamente, al uno con una ojeada, al otro con un apretón de manos y al tercero con un ligero pisotón. ¡ Qué cuadro para el autor de *Départ pour Cythère!* En esta materia habrá siempre tanta distancia de los trovadores á los troveros como de Watteau á Teniers. Al buen entendedor con una palabra le basta. Pero es el caso que dos de los favorecidos han hecho gala públicamente de los favores recibidos, mientras que el tercero, que es nuestro trovador, en lugar de dar un escándalo como los marqueses de Molière, va á confiar su pena á dos amigos, Hugo de la Bachelerie y Caucelin Faidit, y la tenzón comienza entre los tres con gran habilidad y sutileza para tratar de averiguar quién es el preferido de aquella Celimena feudal. »

Citemos además el *ensenhamen* (arte de amar), la *estampida*, etc.

Estos diversos géneros dan valor al arte que poseyeron los trova-

1. Menéndez Pelayo la llama: *albada*. (N. del T.).

2. La tenzón equivale á lo que en nuestra literatura de aquella época se llamaba *requesta* (N. del T.).